

El día en que Betanzos tuvo dos alcaldes

RAFAEL SEOANE

El 6 de abril de 1986, el que estas líneas escribe entraba en un lugar de la altiplanicie boliviana cuyo nombre es Betanzos. Justo dos años después, en el mismo día del mismo mes, el más insigne de los betanceños bolivianos partía de su atalaya andina para cumplir la palabra dada, para conocer la población española donde en el siglo XVIII había nacido el caballero que engendró a uno de los primeros luchadores por la independencia americana. Si largo y arduo es llegar en Bolivia a Betanzos, no menos lo es salir, y Don Casimiro Molina hubo de peregrinar por los aeropuertos de La Paz, Lima, Puerto Rico, Ottawa y París.

Don Casimiro Molina tiene un sólido aspecto sexagenario, con un poblado bigote que se resiste a ser canoso y que se mueve acompasadamente con su hablar pausado y cadencioso; sus ojos son de mirar cálido y todos sus ademanes seguros, de persona acostumbrada a ser observada. Su orgullo está en haber logrado dar carrera universitaria a su más de media docena de hijos (a partir de tal número, parece que ya se pierde la cuenta); muchos años tuvo que pasar al volante de destartalados camiones por las inimaginables rutas montañosas del cono sur, mientras su fortuna y su prestigio crecían, asentados en la espaciosa vivienda y comercio de ramos generales que posee en el mejor sitio de la plaza. Ostentó toda la gama de cargos públicos -alcaldía de Betanzos incluida- y posee la más alta condecoración de la provincia Cornelio Saavedra, estando en trámites la concesión de la más importante que otorga el Congreso Nacional. Nadie dudaría de que es un cacique, pero nadie dude de que es un hombre de palabra... lo que verdaderamente define a un hombre.

Pasmado se quedó el funcionario municipal betanceiro que amparado tras los cristales de la oficina de la planta baja escuchó decir en un acento que nada tenía de gallego: "Buenos días señor mío, he venido a España desde Betanzos y quisiera tener el gusto de hablar con el honorable alcalde". Era Eduardo Molina, uno de los hijos de D. Casimiro, que trabaja como médico en Estrasburgo para la UNESCO, acompañado de su esposa argentina; otro hijo, ingeniero, que había acompañado a su padre en el viaje aéreo, prefirió quedarse retenido por las caricias de una francesa, nada extraño si se tiene en cuenta lo horribles que son las mujeres bolivianas. En el trayecto en automóvil que los trajo por la abandonada cornisa cantábrica los paró la guardia civil de tráfico por ir sin cinturones de seguridad, pero cuando vieron una credencial con trece sellos, cuños, rúbricas y pies de firma (gobernación, alcaldía, policía, instituto, parroquia, sanidad, etc, etc), no se atrevieron a multarlos.

Pasada la nueva por el funcionario a piso e instancia superior, sería la concejala María José Ortiz la encargada de mostrar rúas y monumentos, gentes y costumbres a los asombrados "paisanos" americanos -"no esperábamos tanto, no esperábamos tanto"-. Pronto se les unió el archivero-bibliotecario, Alfredo Erias, y las explicaciones de uno y otro fueron ávidamente recogidas, a la vez que las imágenes de la piedra, de la madera, del vidrio, del arte, para ser mostradas como memoria histórica a 9.500 kilómetros de aquí, a unas gentes que en poco se nos asemejan en aspecto y mentalidad, pero con las que nos unen innegables lazos indestructibles.

Tras el condumio, más andanzas y visitas, más sorpresas y alegrías. Subida la cuesta de los Remedios, el clan Molina escuchó, extrañado, un saludo en su lengua natal, Aymará (los programadores informáticos lo han encontrado el idioma idóneo, y se usará próximamente en un 80% de todos los ordenadores), dicho por el párroco Manuel Ares, afanado en esos momentos en la colocación de la gigantesca lámpara de hierro forjado. Coincidió que a aquella hora regresaba de trabajar en sus propiedades rústicas el "Cuco" de Armea, y los bolivianos se apresuraron a filmarlo creyendo que era el traje típico gallego. La cháchara prosiguió, pasando por debajo de las laureadas entradas de las bodegas -ya éramos el cabalístico número de 7 componentes-, y languideció tras degustar la excelente cocina de "los Pirris" para irse a dormir al único hotel de la ciudad... que tampoco hay mucho donde elegir.

Al otro día, un recorrido por los alrededores, para admirarse de la amplitud de la ría y asomarse a la frondosidad del balcón de Caaveiro. Después, la recepción oficial en el Ayuntamiento. El Betanzos boliviano enviaba al pueblo betanceiro una placa dedicada en estaño de una de las minas más ricas del mundo, con el símbolo de Potosí, el Departamento al que pertenece administrativamente Betanzos; para allá fueron libros y objetos de cerámica del Castro, que se unirán a la placa entregada en el primer contacto, en aquel ya lejano abril del 86. Discursos, abrazos, fotografías, aplausos y la firma en el Libro de Oro de la ciudad, que tiene la hebilla de plata. Se acababa de formalizar algo que no debe dejar de tener continuación.

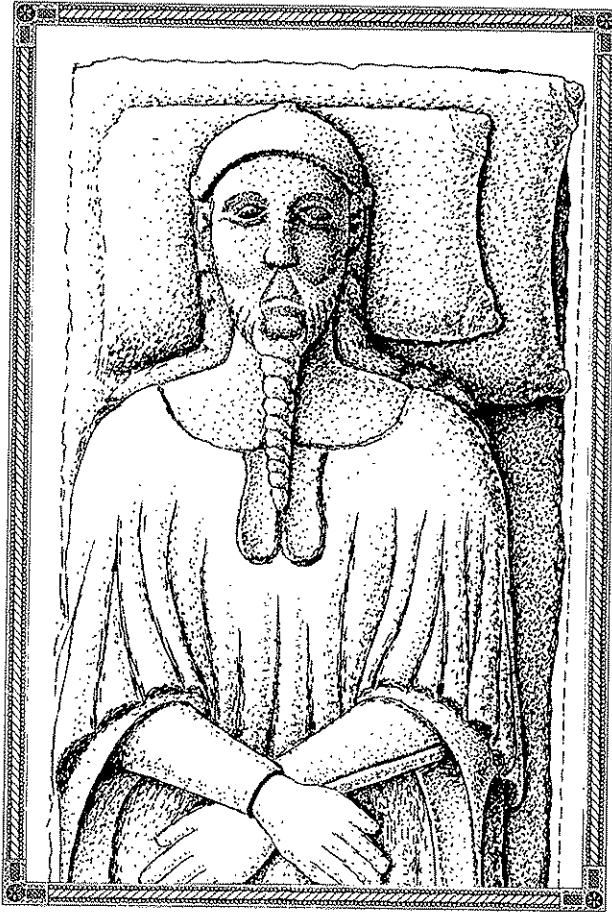
El cálido final humano, nada formalista, lo puso como anfitrión el doctor José Angel Vázquez; también el nobilísimo comedor de su hogar iba a ser filmado como algo folclórico -para compensar lo del traje típico, vaya- por la incansable cámara boliviana, que si no pudo grabar en directo fauna y flora gallegas, Caneiros y Globo, sí lo hizo a través de la pantalla por la que desfilaron cientos de diapositivas durante la inolvidable sobremesa tan gentilmente servida por las mujeres de la familia (Eduardo Molina acabó con el dedo rígido y el ojo hinchado). Como colofón, los hermanos Pita prometieron que si algún día el singular Globo sale de Betanzos, será para otro Betanzos... cosa muy difícil pero no imposible.

NOTAS

La historia y descripción de Betanzos-Bolivia, junto con fotos y documentación oficial, se encuentran en las páginas 77 a 80 del ANUARIO BRIGANTINO nº 9, de 1.986.

En el anuario de 1.987, pág. 50, se reproducía, junto con el betanceño, el escudo de Santiago del Estero (Argentina), no dando causas de su similitud con el brigantino por ignorarlas entonces; posteriores investigaciones incitan a atribuirlo al origen gallego del colonizador Pedro Tello de Sotomayor o, con posterioridad, a que el betanceiro Baltasar Pardo de Figueroa fué nombrado gobernador de todo Tucumán en 1.642. *

* Datos extraídos de la Guía Histórica y Turística "Ama Llulla": la verdad sobre América del Sur" (págs. 366 a 368 dedicadas a Betanzos), de próxima aparición, escrita por el autor de este artículo, Lcdo. Derecho y Gdo. Social ligado a la actividad docente en nuestra ciudad.



ARTE
LITERATURA
ANTROPOLOXIA
...